

EROS Y AGAPE:

DOS ASPECTOS DISTINTOS DEL QUERER HUMANO

S. de Anitua

Introducción.

Hoy hablamos mucho de amor y de erotismo. Las canciones más populares son canciones de amor; las películas más taquilleras son las de amor; e, incluso, la juventud moderna ha acuñado un nuevo slogan: "*Hagamos el amor y no la guerra*". Pero la palabra "*amor*", como la palabra "*querer*" tienen en nuestros días un sentido demasiado amplio o demasiado restringido. Por eso tenemos que analizar bien los aspectos distintos del querer humano, para llegar a la intuición de la esencia pura de ese querer digno de ser llamado con el hermoso nombre de amor.

En el lenguaje griego hay dos palabras, que diversifican dos aspectos del querer: "*Eros*" y "*Agape*". El último vocablo alcanzó su significado más pleno en el Nuevo Testamento cristiano, sobre todo en los escritos de San Juan, el evangelista del amor.

1. El eros platónico.

En los escritos de Platón -sobre todo en "*El Banquete*". Eros significa la tendencia radical del hombre a conseguir cuanto necesita para su autorealización. El hombre apetece y tiende radicalmente al **Bien**. Pero también este vocablo es sumamente amplio y ambiguo. BIEN es lo que se apetece, lo que todas las cosas apetece. Vemos, pues, cómo el EROS se define por relación al Bien, pero el Bien se define a su vez por su relación con el Eros. Ambas realidades -Eros y Bien- aparecen como relativas y de alguna manera indefinibles en sí mismas. Quizá sean dos nociones originarias -dos protopalabras- que no pueden comprenderse a partir de otras nociones previas. Todos sabemos lo que es apetecer y todos estamos de acuerdo en que sólo se puede apetecer lo que de alguna manera aparece como bueno, en alguno de sus niveles: agradabilidad, utilidad, necesidad. Y esta agradabilidad, utilidad o necesidad se puede dar en varios estratos del ser: orgánico, intelectual, social, psicológico, económico. Bien es la salud y la vida, la ciencia y la amistad, la paz interna y externa, los bienes patrimoniales y la alegría de vivir. El bien es tan pluridimensional como las mismas apetencias del hombre, que son también pluridimensionales.

Sin embargo aparece en el eros platónico una nota, que parece especificarlo en contraposición con el **agapé**:

el eros es radicalmente **autocéntrico**. Nace de la tendencia egoísta e insoslayable del hombre a la propia realización. El hombre es un ser inacabado, siempre imperfecto, siempre en tensión a un horizonte vital, que es su ideal de vida. El hombre no es el animal ya perfectamente equipado con sus instintos y sus medios de realización. El hombre ha de hacerse, recibe su existencia como una tarea, un quehacer, un drama. El hombre "*ex-siste*", No ES, en el sentido estático en que **son** las demás cosas. El hombre es un animal excéntrico -dice Plessner- en contraposición al ser centrado del animal bruto. El hombre tiene su centro de acción fuera de sí: en lo que le falta, en su ideal, en el futuro de su vida. Estudiamos para aprender lo que no sabemos, para preparar nuestro futuro, para alcanzar nuestro puesto en la vida; comemos para vivir y descansamos para trabajar. Cualquiera de nuestros momentos conscientes tienen como motivo el futuro, que planeamos. El animal vive su presente, reacciona desde dentro a los estímulos, no tiene futuro. Por eso el animal vive sin saber por qué y muere cuando le llega la hora. Sólo el hombre es capaz de anticipar a la muerte sobre su vida y de morir en el sentido pleno. Esta es la diferencia radical entre el animal que pasta tranquilo en los corrales del matadero y el condenado a muerte o el enfermo incurable, que sufre su muerte anticipadamente. Y esta conciencia de la propia penuria y la previsión del futuro hacen que el hombre tienda a suplir su insuficiencia radical con los bienes que le atraen.

a) El eros hijo de Poros y Penía.

Sin embargo el eros no nace únicamente de la conciencia de la propia pobreza (**penía**), sino también de la conciencia de la propia **riqueza** o excelencia (**poros**). El eros no es sólo tendencia adquisitiva, sino también expresiva. Es hijo de ese ideal, que algunos llaman hoy "*utopía*", y que orienta la brújula del vivir humano. El hombre tiende a poseer, para ser más; pero también el hombre humanamente rico tiende a expresar su propia abundancia vital. El superhombre de Nietzsche tenderá al sacrificio, al valor, a la dureza consigo mismo, incluso a la misericordia y al heroísmo, para mostrar su magnanimidad y su grandeza humana. El hombre, tanto como a adquirir tiende a dar, a dejar huella de sí mismo. Por eso apetece incoerciblemente a la propagación de

su especie: el hijo es el heredero de la sangre, del apellido y de las características de sus progenitores. La tendencia de los padres a la educación del hijo es tan imperiosa, como la tendencia a la generación misma. Los padres responsables quieren no sólo propagar la vida, sino propagar **su vida**: traspasar su cosmovisión, sus experiencias, sus éxitos al hijo. De ahí, a veces, la tiranía paternal, que se **entromete** en la vocación existencial de su hijo: elección de carrera, administración de los negocios paternos, matrimonio preestablecido. Es un dato cultural que, hasta la edad moderna, los oficios pasaban de padres a hijos, como una herencia patrimonial. Sólo los segundogénitos tenían el privilegio de buscar su propia vida. Esto mismo sigue ocurriendo hoy entre los pueblos primitivos y entre los de más honda raigambre familiar. Y, por eso, tal vez, los segundogénitos han sido los principales motores de la historia.

b. *El eros y los demás*

El eros, pues, aunque sea autocéntrico, no deja de abrirse a los demás. El eros, como toda tendencia del hombre, es dialéctico: nace tanto de la penuria como de la excelencia, es egoísta y altruísta a la vez. El eros, a pesar de ser egoísta -y precisamente por serlo- tiene que abrirse a los demás. El hombre es social por egoísmo. El egoísmo humano no puede ser saciado en solitario. El eros tiene una meta transpersonal, mira necesariamente "*al otro*". Y esto a partir de sus dos raíces originarias: la penuria y la excelencia, la necesidad y la autoexpresión.

El hombre necesita muchas cosas que no puede adquirir por sus propias fuerzas. El animal vive su vida. El hombre no puede vivirla en plenitud sin **con-vivir**. El vivir del hombre es un vivir aprendido, cultural, valoral; necesita del lenguaje, del estudio, de las experiencias ajenas. Un niño abandonado a sus propias fuerzas no llegaría a sobrevivir. Y si lo hiciera, su vida apenas sobrepasaría el nivel de los primates. El hombre necesita de los demás sencillamente para sobrevivir.

Al hombre primitivo la naturaleza circundante le aparecía como el escenario imponente de su vida: como madre nutricia y como potencia que lo abrumaba. La selva virgen, las fieras, el mar, las tormentas, la inmensidad aterrorizaban su pequeñez de animal desnudo. De ahí nacieron las mitificaciones de estas fuerzas imponentes.

El hombre primitivo, para defenderse de las fieras y para conseguir los alimentos necesarios, tuvo que asociarse. La caza de los grandes animales no era tarea de uno solo; ni el ojeo y la persecución de los animales más pequeños, pero más veloces. El acorralamiento de la fiera necesitaba la cooperación de varios. Y de esta necesidad ineludible de cooperación nació probablemente la organización tribal primera.

Quizá de esta misma necesidad nació el ejercicio del lenguaje. Es claro que el lenguaje supone la capacidad interna de hablar, de expresar ideas y de hallar signos expresivos. Pero el hombre no habría llegado de hecho a hablar, si no hubiera necesitado expresarse. El hombre sólo llega a aprender de veras lo que de veras le preocupa.

El lenguaje es manifestación clara de las dos raíces del eros humano. Porque no sólo es medio de conseguir cooperación, sino expresión de una intimidad, que necesita darse en comunicación. El sabio necesita expresar su sabiduría, el amante su afecto, el poeta su captación de la belleza, el padre su experiencia de la vida. La excelencia humana tiende a rebasar la propia individualidad, dejando constancia de sí misma en el mundo circundante.

De estos dos polos de la tendencia autocéntrica humana nació la sociedad primera. No hubo al principio vínculos jurídicos, no era aquella sociedad tribal algo estable; era, quizá, una reunión circunstancial para la caza, para la guerra, para la defensa contra los animales y contra las hordas enemigas. Y, también, era una sociedad familiar en la que el patriarca defendía y educaba a sus hijos. En el clan familiar se conseguía la cooperación necesaria para la vida y el influjo de los progenitores sobre sus descendientes.

Porque en la familia se manifiesta también la doble raíz del eros humano. El sexo no es sólo una necesidad instintiva, que necesita satisfacerse; es un rito expresivo de donación y de entrega, de amor y de respeto. El varón quiere dejar su huella en el mundo y ejercer su poderío en la defensa de la mujer; la mujer quiere también llegar a la plenitud de la maternidad y alcanzar la seguridad que le ofrenda la fortaleza del varón. De esta doble tendencia nacerá después el hijo, quien polarizará los intereses de los dos. Y, de nuevo, el eros se descentraliza para abrirse a un tercero. El eros sexual tenderá a trascenderse a sí mismo, abriendo la puerta a lo que más tarde llamaremos amor o agapé.

c. *El eros, las riquezas y el lujo.*

También el rico, el noble y el poderoso necesitan -por puro eros- expresar su propia excelencia. Al rico tanto como por sus riquezas se le mide por su esplendidez; al noble por su generosidad; al poderoso por su magnanimidad. El paternalismo es hijo del Eros humano. Los nobles romanos tenían su clientela, a la que socorrían, con tal de que cada mañana los clientes saludaran rendidos a su patrón. Hoy, quizá, también muchas de las grandes donaciones tienen más de eros que de verdadero agapé.

El eros busca insaciable aun lo no necesario ni útil: lo caprichoso, lujoso, raro. Así veremos grandes bibliotecas de libros preciosos en casas de magnates incapaces de leer sus colecciones; pinacotecas privadas en palacios de potentados ignorantes en pintura; colecciones estram-



Eros corriendo. Terracota hallada en Tarento (principios del siglo III a. de J. C.)

bólicas de los objetos más raros, cuyo valor consiste sobre todo en el precio que ha debido ser pagado por ellos. El poseer es signo y expresión de riqueza. El rico demuestra su fortuna dándose gustos, que a los menos ricos les están vedados. El lujo y el despilfarro es expresión de lo poco que importa el dinero a quien lo posee con sobreabundancia.

d. El eros y el arte

Donde más clara aparece esta tendencia radical del hombre a auto-expresarse es en el arte.

El hombre no fabrica únicamente cosas útiles. Casi nos atreveríamos a decir que no existe artefacto, que haya sido construido -si se ha hecho artesanalmente- sólo para que sirva a sus fines utilitarios. De ahí que el arte sea algo connatural al hombre. Y más que "*homo faber*" es "*Homo artista*". El hombre fabrica objetos "*expresivamente-útiles*". El primitivo no fabrica sus arcos sólo para que puedan lanzar flechas, sino que los adornará con incisiones, con pinturas o con colgantes de plumas. Las flechas, los mangos de hacha, los utensilios más primitivos darán fe de que sus constructores quisieron dejar algo de sí mismos en sus obras. El mismo vestido, más que por una necesidad de defensa ante el clima, parece haber nacido como una necesidad de realzar la expresividad del propio cuerpo. Las tribus más primitivas pintarán su cuerpo -máxime en los bailes rituales- tatuarán

su piel, agujerearán su nariz o deformarán sus labios, emplearán un estuche peniano o se ceñirán una liana en torno a la cintura para demostrar que su cuerpo tiene una dignidad distinta de la de los demás animales, que son quienes viven puramente desnudos. El sacerdote, el mago o el jefe adornarán su cabeza con plumas o vestirán extraños atuendos, mientras los demás mostrarán con su simplicidad desnuda, que acatan la dignidad y excelencia de la jerarquía. Incluso en nuestros días podríamos afirmar que la moda del vestido mira más al realzamiento del cuerpo, que a la protección del mismo. Un traje elegante -aunque sea cálido, incómodo y aun antihigiénico- da prestancia a quien lo viste; un traje humilde -aunque sea cómodo e higiénico- manifiesta la humildad de quien lo lleva. De ahí los trajes especiales para ciertas reuniones y ceremonias. Y de aquí también la rebelión joven contra los trajes amanerados. Lo estrafalario del atuendo juvenil moderno es una protesta, una expresión del repudio que profesan a una sociedad falsa y sofisticada.

e) El eros y la sumisión ajena.

Pero la suprema ambición del eros humano es someter -no por fuerza, sino de grado- a las demás personas. El eros querría comprar también al amor y al respeto. Y aquí vuelve el eros a desembocar en un altruísmo necesario, que llama ya a las puertas del amor.

El mayor triunfo de una persona no es someter a otra persona, sino conseguir que ésta se le someta voluntariamente. Porque una persona sólo se somete por el respeto, el agradecimiento, el amor. A una persona se la puede amaestrar, atemorizar, emplear por medios coercitivos. El dolor infligido es un medio universal de domesticamiento. Pero en este caso la persona ha perdido lo más precioso de sí misma: su personalidad. Y el tirano ha conseguido someter a un animal, no a una persona.

Para todo hombre consciente el bien más apetecible es la Persona, no sus servicios. Y la consecución de este bien exige dar y darse. Por eso aún el egoísmo más refinado tendrá que dar, si quiere que se le reverencie y se le respete. Esto demuestra de nuevo la excentricidad esencial del hombre.

f) El eros en nuestra sociedad contemporánea.

Hölderling ha caracterizado a nuestra época, como un **tiempo indigente**. Sobre todo, es un tiempo en que el hombre ha caído en la cuenta de su propia indigencia. El hombre científico comprueba que cualquier especialidad requiere un horizonte cada vez más amplio, para poder dominar su propio campo; la política y la economía se han complejizado a escala mundial y necesitan de la ayuda de la sociología y de la psicología. La vida del hombre ha dejado de ser sencilla. Por eso es imposible

encontrar hoy a un hombre plenamente satisfecho. Una vida plenamente satisfecha arguiría superficialidad o idiotez.

La satisfacción podrá darse en niveles parciales y más o menos periféricos del hombre: en el instinto, en la sensación o en el nivel del "tener"; pero no en el centro del ser, en la profundidad existencial de la persona. Al rico y al potentado también se le presentan las situaciones límites, en las que se desnuda su indigencia existencial: enfermedad, muerte, amor. En estos límites el rico y el poderoso experimenta existencialmente que el tener no lo es todo. Le duele su existencia. Y la existencia es indigente.

Incluso podríamos afirmar que el ansia de tener se basa, en última instancia, en la inseguridad del ser. Como exponíamos más arriba, porque me sé indigente, necesito poseer. Y el dinero es el medio universal de trueque, como sostienen los economistas. Todo lo no meramente personal se puede adquirir con dinero. La sed de dinero supone un ansia de ser. Podemos diagnosticar hoy a nuestra sociedad una neurosis de dinero, originada en la angustia existencial y en la inseguridad del ser. ¿Podrán unas estructuras meramente económicas conseguir la felicidad humana intramundana, si las dejamos en el nivel del tener y no las llenamos con un ideal auténtico de ser humano? (1).

2. El agapé o amor.

Sería injusto reducir la tendencia apetitiva del hombre a un Eros autocéntrico. No compartimos en este punto las ideas de Bentham o de los utilitaristas morales del siglo pasado. Ni compartimos el pesimismo erótico de Sartre. "Así nos parece que amar no es en su esencia, sino el proyecto de hacerse amar" (L'Être et le Néant, 443). "Cada uno quiere que el otro le ame, sin darse cuenta de que amar es querer ser amado y que, por tanto, queriendo que el otro le ame, quiere solamente que el otro quiera que él le ame" (O. c. 444).

No podemos negar que muchas veces ocurre así. Y que nuestras canciones de amor y muchas de las uniones mal llamadas amorosas son en nuestros tiempos fruto de la tendencia meramente erótica del hombre. En este sentido podemos afirmar que estamos viviendo en una sociedad verdaderamente erótica y que el erotismo es una característica de nuestra sociedad egoísta. Quizá la razón última de este erotismo está en la misma estructura fundamental de nuestra sociedad, basada sobre el comercio, la competencia, la producción y el consumo. Mientras el ideal de nuestra sociedad sea el progreso material, el adelanto comercial, el dominar a la naturaleza y a las personas, el poder y el prestigio personal, nacional e internacional, el egoísmo estará en la raíz de la tendencia humana. Y el hombre será erótico. No creemos que el erotismo se deba sólo ni aun principalmente a

la corrupción de lo sexual. Es más honda su raíz y más amplia la corrupción. Porque incluso el negocio de lo pornográfico es primariamente eso: un negocio. Y la liberalización del sexo puede ser un instrumento de opresión (2).

Sin embargo no todo en el hombre tiene por qué ser egoísmo y erotismo. Creemos que en la tendencia del hombre hay también una dirección heterocéntrica y que ésta es la más específicamente humana. No abogamos, ciertamente, por un ideal de amor. Todos los ideales son utópicos. También el amor real del hombre será tendencia heterocéntrica de un individuo erótico, que no puede prescindir de su individualidad indigente. El amor humano, como tónica de toda una vida, no será un amor ideal; estará mezclado de eros. Pero se da. Y en él se distingue específicamente del animal.

Tampoco pretendemos que este amor heterocéntrico brote en plenitud desde el comienzo de la vida humana. Sólo afirmamos que el amor personal existe y es un fenómeno humano. El hombre puede amar -y ama- a otro, no sólo como bien útil, sino como bien en sí, como valor digno en sí mismo de amor. El hombre es el único animal adulto que reconoce a sus padres.

Esto no obstante pensamos que el amor se desarrolla gradualmente: es un fruto de madurez, que sólo puede sazonar -por las razones que más tarde exponremos- cuando ya la persona se autoposee suficientemente, de manera que pueda disponer de sí y entregarse en plenitud a otra persona.

a. Qué entendemos por agapé o amor.

El amor es el acto personal perfecto, por el que una persona dispone de sí libremente en favor de otra.

Para que pueda haber, pues, un acto de amor en sentido estricto, es preciso que se dé una personalidad formada, que se posea a sí misma. Sólo así podrá entregarse libremente a otra persona.

Amar, por tanto, no tiene que ver con la autocomplacencia, el egoísmo o autocentrismo: es un modo de querer heterocéntrico. Es querer a otra persona, no quererme a mí en otra persona, a la que uso como instrumento de autorealización. Por el amor quiero que la otra persona se realice del mejor modo posible, no realizarme yo.

Sin embargo esto no quiere decir que el amor excluya toda complacencia en el amante. Precisamente porque quien ama encuentra un horizonte más amplio para su proyecto vital: porque ve que a su vida le nace un sentido nuevo: porque constata que su yo se fortalece con nuevos motivos para vivir, halla el amante una gran satisfacción, que puede llegar al éxtasis -a la salida de sí mismo en un sentido incluso psicológico- en su acto de amor. Amar excluye el buscar a la otra persona

POR satisfacción o POR autocomplacencia, pero no el hacerlo CON satisfacción y complacencia. Así, de nuevo, EROS y AGAPE se integran y complementan; no se excluyen. El Eros, que tiende a la propia perfección y superación, encuentra que alcanza su meta de una manera sublime en el amor. Porque quien ama ha hecho propio el horizonte vital y la realización del amado y así ha enriquecido su propio proyecto vital. El amante tiene un motivo nuevo para vivir y para superarse: la perfección y superación del amado. El amor es capaz de salvar al suicida, que no encuentra ya razón en sí mismo para vivir: aún puede y debe vivir para la felicidad de quienes ama.



Eros y Psique. Museo Capitolino de Roma.

Eros y agapé son, pues, complementarios y dialécticos. Podríamos afirmar que todo eros tiene algo de amor, en cuanto que, al buscar los bienes necesarios para la persona, lo hace en último término por amor a la propia persona, que necesita estos bienes. De esta manera el EROS trasciende a una mera apetencia cósmica. El rico no quiere propiamente el dinero, sino la utilidad que le trae a él este dinero. El que ama con amor erótico a las cosas, se ama más bien a sí mismo en las cosas. Esto se manifiesta sobre todo cuando alguien apetece algo repugnante al sentido, pero útil o necesario para la conservación de toda la persona: una intervención quirúrgica, un riesgo comercial, una ascética terapéutica de la voluntad. Podríamos, pues afirmar que el AMOR

consiste de alguna manera en querer a otra persona, como me amo a mí mismo. El AMOR es una transcendencia del EROS personal hacia los otros YO, en quienes descubro personas valiosas y autónomas, como soy yo mismo.

En efecto, veo que las otras personas son "*un fin en sí mismas*". Ellas son dueñas de su destino, como yo lo soy del mío. Su quehacer es realizarse, como yo debo autorealizarme en mi existencia. Y de la misma manera como yo no puedo ser sometido a otro, como instrumento suyo, sin ser degradado en mi misma dignidad personal, de la misma manera veo que no me es lícito hacer de mis prójimos instrumentos míos sin degradarlos.

Por otra parte el hombre reflexivo y metafísico se llega a convencer de que es más valioso SER que TENER. Es preferible SER más, que TENER más. Porque el SER afecta a nuestra intimidad, mientras que el TENER se refiere a lo externo -externo, al menos, al centro íntimo de nuestra propia personalidad. De ahí que la riqueza y el bienestar comprados al precio de la sujeción, de la adulación, del rebajamiento propio, no es ideal de hombres auténticos. Y, al revés, si el amor consiste en un dar, en un perder-perderme-, pero ahí encuentro un horizonte nuevo de ser, amar será reencontrarme de un modo más amplio; ese negarme será un afirmarme y ese perder la vida un hallarla más rica y más enriquecedora. El hombre, que se entrega por amor, no es sometido, sino que él mismo dispone libremente de su ser. Y, al satisfacer los mínimos caprichos del ser amado, no sirve, sino que se autorealiza.

De ahí una última consecuencia de la riqueza del amor: dar es más feliz que recibir. Porque dar presupone posesión, mientras que recibir supone penuria. El amor es fruto de plenitud, el deseo de posesión es signo de indigencia.

b. El camino hacia el amor.

Decíamos que el amor es fruto de madurez. Va brotando paulatinamente. El enamoramiento -menos el que se da a primera vista- no se identifica aún con el ideal expuesto del amor. El niño, que sonríe a su madre, no lo hace por puro egoísmo ni es sólo el premio de los cuidados maternos. Pero nace del gozo y del bienestar, que la madre proporciona; brota de la sensación de seguridad que da la compañía de las personas adultas, que cuidan del infante desvalido. No es mero cálculo. Pero tampoco es el amor, con la seriedad y profundidad que implica. La ternura, aunque sea un existencial humano, es aún la superficie -superficie muy bella, por cierto- del abismo que conlleva el amor.

Poco a poco se va preparando el camino del amor. Este brotará generalmente después de esa época de introversión, que constituye la primera pubertad. El hombre

ha tenido que descubrir su propio yo, para llegar a la intuición del valor de los otros y personales.

Por eso el amor de la pubertad es apenas un escorzo del verdadero amor. Quizá se descubre antes la existencia del sexo, que la de la persona en cuanto tal. Y puede haber adultos en su organismo que, sin embargo, cristalizaron psicológicamente en la época autista de la infancia. El egoísmo patológico es una señal de inmadurez afectiva, que imposibilita o dificulta la existencia auténtica del amor.

El florecimiento del amor suele seguir ordinariamente estos pasos:

1. La simpatía.

Se comienza por el descubrimiento de "*las cualidades del otro*". Ya el aprecio de tales cualidades es algo heterocéntrico. En la simpatía no se consideran las cualidades ajenas sólo como útiles-para mí, sino como propiedades ajenas en cuanto ajenas: él es inteligente, tenaz, personal.

Sin embargo aún queda en la simpatía un paso autocéntrico. El "*otro*" me es simpático en cuanto sintonizo con él. Descubro en el otro una personalidad afín a la mía o a la que quisiera poseer: piensa como yo, reacciona como yo. Me gusta su manera de ser, porque corresponde a mí mismo proyecto vital. El actúa como yo actuaría o como querría actuar en las mismas circunstancias. "*Con-siento (sym=con, pathos=sentimiento) con él*".

Hay, pues, algo de amor propio en la simpatía. Pero también comienza una abertura al otro, en cuanto otro, en cuanto distinto de mí. Le quiere al otro, pero en cuanto es mi propio reflejo.

2. La estima.

Es un paso más hacia el heterocentrismo. Valoro las cualidades ajenas, en cuanto ajenas y distintas de las mías. Incluso las valoro como superiores a mis propias cualidades.

La estima personal es totalmente distinta del "*aprecio*" con que valoramos -ponemos precio- a las cosas. A las cosas las estimo en cuanto son posesión actual o posible mía; a la persona, en cuanto es distinta de mí. Por eso ante las cualidades ajenas surge la emulación, el respeto, la confianza. Tales son los tres modos expresivos de la estima, cuando ésta es positiva. Emulación, cuando veo posible la adquisición de tales cualidades; respeto, cuando creo difícil conseguirlas; confianza, cuando su poseedor me ofrece su ayuda.

Sin embargo la estima puede tener su aspecto negativo. Cuando la verdadera estimación de las cualidades ajenas coexiste con la antipatía personal surge la reacción de la envidia. La envidia es hija bastarda de la estima.



Arte helénico. Eros y Psique, bronce. Museo de Louvre.

En la estima, pues, se da ya una valoración de las cualidades personales ajenas, en cuanto ajenas y aun en cuanto superiores o supletorias de las mías. Y no se las estima únicamente porque son útiles para mí, sino porque son buenas precisamente para el otro. Sin embargo, aún no hemos llegado al amor. En la estima se valoran más las cualidades de la persona, que a ésta misma.

c. La floración del amor.

El amor florece cuando tras las cualidades y como soporte de ellas descubro a la persona que las posee. Probablemente en esta persona se ha dado también la simpatía y la estima hacia nosotros. Vemos que está también en trance de salir de su propio aislamiento autocéntrico y viene en camino a nuestro encuentro. El amor nace en dos personas que pugnan por encontrarse con el otro.

En el amor valoramos más que a las cualidades al TU. Ciertamente es un TU concreto, como es. Diríamos que si tal persona no hubiera tenido las cualidades que tiene, de hecho no habría brotado el amor. Pero es que en este caso ya no sería tal persona concreta de la que me he enamorado; sería otra persona. Lo que importa es que el amor mira directamente a la persona, valora a la persona, como soporte y poseedora de tales cualidades.

El agapé o amor consiste en entrar en el horizonte del otro, en el proyecto vital del otro, haciéndolo foco también de nuestra propia realización. Queremos que el Tú se realice, como es y como debe realizarse. La

misión de conseguir la realización y perfección de la otra persona, la tarea de conseguir su felicidad entra a formar parte de nuestro propio proyecto vital: el amante vive para el otro, busca la felicidad del otro como empresa de su propia vida. De esta manera el propio horizonte vital se amplía con un nuevo horizonte: el ajeno. Hay un nuevo motivo para vivir: la felicidad de la persona amada.

Así, al salir de nosotros mismos, sentimos que nos hemos rebasado y hemos roto el círculo estrecho de nuestro propio yo, que se ha descentrado, dilatándose más allá de sí mismo: nuestros valores se organizan de otra manera más amplia, la persona se ha enriquecido. El otro ha pasado a ser una prolongación del yo.

Y en esta autosuperación el YO se encuentra de un modo nuevo a sí mismo. El TU que descubrimos hace contrafondo al YO, que se da. YO me doy al otro, porque él es distinto y quiere que se realice como es. Así el YO y el TU forma un NOSOTROS común, pero respetando las diferencias individuales de cada uno. Para el amor auténtico es fundamental el reconocimiento y el respeto de la dignidad y el valor personal del otro.

MADINIER escribe: "El amor que ve en el ser amado un ser único, un TU que le es querido porque es TU, un TU del que desea la existencia, la floración; este amor no realiza ninguna fusión . . . Es necesario que el ser amado posea un "sí-mismo", íntimo, secreto, para que pueda descubrirlo. Es necesario que yo pueda abrirlo y darlo. El amor plantea dos términos distintos, para que tengan la dicha de relacionarse el uno con el otro y vivir el uno para el otro" (3).

MARCUSE, cuando habla de una nueva sociedad, en la que se posibilite una auténtica vida humana, anota: "Si han de garantizar una comunidad esencial y permanente entre los individuos, tienen que estar basadas en la comprensión del otro: tienen que contener un conocimiento desinteresado. A la luz de este conocimiento, el otro no sólo se presenta en la inmediatez intacta de la apariencia sensible, que puede ser deseada y gozada en tanto que bella, satisfaciéndose con la apariencia, sino en su esencia: tal como es en verdad" (4).

Marcuse juzga, con razón, que una sociedad más humana se tiene que fundamentar en último término en el amor. Y es que solamente el amor podrá superar la angustia de un eros siempre frustrado, ya que el hombre está hecho para trascenderse a sí mismo. Encerrarnos en nuestro propio egoísmo es condenarnos a la soledad. Y la soledad en la muchedumbre es la más sola de las soledades.

BUBER sentencia justamente: "Únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad, como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche

desde el conocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador" (5).

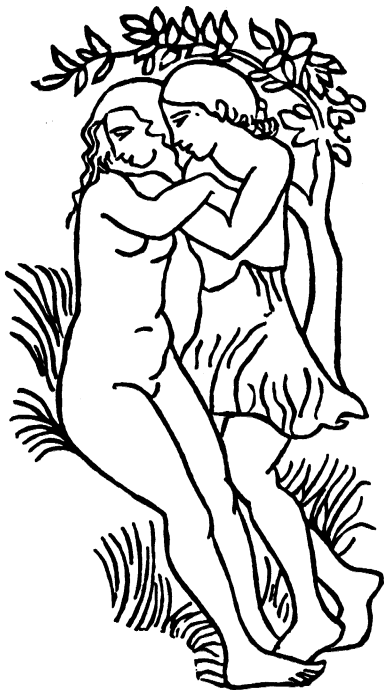
El amor es el polo opuesto del enconchamiento neurótico en sí mismo y, al mismo tiempo, del aniquilamiento despersonalizador de la masificación irresponsable, porque supone la descentración libre del yo, que es, simultáneamente, la expresión de la máxima responsabilidad que un hombre puede contraer en la disposición de su propia vida. La tentación de masificarse nace frecuentemente del temor a la soledad y la soledad se acentúa en el anonimato de la masa, donde la persona pierde hasta su mismo nombre de pila. Nos sentimos inclinados a seguir el diagnóstico de Buber: "Precisamente porque el hombre se encuentra hoy desnudo y solitario ante un mundo hostil, es por lo que se encierra en sí mismo o se diluye en lo colectivo. Exalta la soledad o huye de ella" (6).

Todo ello es verdad. Pero no es aún toda la verdad. El hombre busca la camaradería, porque la necesita, porque se ve inválido ante la sociedad, las estructuras y el poder. El hombre solitario busca la camaradería por EROS. Y el EROS no es todavía el amor. Por eso la soledad se le acrecienta, cuando ve que sólo es un número en la masa de los proletarios. Creemos acertada la frase de Cervera Espinosa: "El mejor remedio para la soledad no es precisamente hacer desaparecer a la persona, unciéndola a la vida de los demás hombres" (7).

d. *¿Exige el amor correspondencia?*

A primera vista la respuesta parece clara: no, sería egoísmo, eros. Sin embargo no vemos tan simple la solución. Ni siquiera en el plano meramente teórico. Porque el amante no puede menos de constatar que el amor es el mayor bien, que puede perfeccionar a una persona. El mismo se ve enriquecido con un nuevo horizonte vital, que le da un motivo nuevo para vivir. Los padres hallan uno de los mayores motivos para una vida de sacrificio en el deseo de que sus hijos sean mejores y puedan adquirir un nivel de vida superior al que ellos han tenido. La felicidad de los hijos supera mil amarguras y mil dificultades. El amor da un sentido más pleno a la vida y a la muerte. Si esto es así, si la máxima riqueza de una persona es el amor, es lógico que el amante quiera también este don para su amado: busca que brote en el amado el don maravilloso del amor.

Sin embargo ¿este amor, que quiero para el amado, ha de dirigirse precisamente a mi persona? Esta pretensión ya supondría una desviación erótica; caeríamos en el ansia sartreana —amar para que me amen— o en ese egoísmo a dúo que componen algunos matrimonios. El amor no tiene nada que ver con dos egoísmos, que se ponen de acuerdo: es la superación de todo egoísmo.



Dafnis y Cloe. Un dibujo de Aristides Maillol.

e. *Consecuencias de esta concepción del amor.*

1. Amor y divorcio.

Si me he entregado a una persona por ser persona, en cuanto es persona, en cuanto es dueña de su propio destino y quiero entrar a ayudar en la realización de SU proyecto vital —no del mío—; si el amor es más que la estima y que la simpatía, que se dirigen primordialmente a las cualidades; entonces el amor no cambia por el desengaño de cualidades, que creíamos perfectas y que están acompañadas de imperfección, o con el descubrimiento de defectos positivos, que contrarrestan y aun inutilizan aquellas cualidades. El amor es a las personas, no a sus cualidades; es un respeto y una veneración por la persona en cuanto tal. No consiste en querer que “me haga feliz” con sus cualidades, sino en desear que ella sea feliz en su propia autorealización. Quien contrae matrimonio pensando en su propia felicidad, no se casa por amor, sino por tendencia erótica.

Si esto es verdad el divorcio presupone que hubo un matrimonio sin amor, o una falta de madurez en el amor de los contrayentes. Hubo, tal vez, una ilusión de amor, pero de hecho fue EROS quien presidió la unión de los dos egoísmos a dúo.

2. Amor y celibato.

El amor no tiene por qué ser “singular”. Diríamos, incluso, que tiende a la universalidad: cuanto más puro es un amor es más universal.

Si el amor consiste en el respeto y la veneración de la persona, en cuanto persona, tenderá a brotar allá donde aparezca una persona. No tiene por qué singularizarse en una persona que tiene determinadas cualidades individualizantes. Y esta universalidad llevará a un celibato, como expresión suma de la universalidad del amor. El célibe por vocación no es el indiferente o el incapaz de amar. La soltería es muchas veces signo de egoísmo. El célibe por amor es el que no ve motivos para restringir su amor a la realización de una persona, sino que quiere extender su horizonte hasta la ayuda incondicional a todo prójimo, que por ser persona tiene derecho a su propia realización. El celibato no es solamente negación y sacrificio de las tendencias eróticas naturales del individuo, es también y sobre todo entrega a todos, plena disponibilidad en la ayuda de los hombres. El célibe no se casa con una persona, porque no puede restringir a una sola persona la entrega de su amor.

Pero, si esto es sublime, humanamente es muy difícil de conseguir: supone un alma grande o una inspiración superhumana. Porque no podemos olvidar que el hombre es también erótico por naturaleza: es individuo indigente. Y su indigencia es inalienable, indelegable. El hombre sufre sus dolores él solo —aunque los demás los compartan de alguna manera— y muere solo. La superación del erotismo como ideal constante de toda una vida es algo sobrehumano. Se pueden hacer actos aislados de amor, se pueden vivir períodos más o menos largos de amor —luna de miel, noviazgo, primera maternidad— pero una vida constante de amor es flor de otra tierra extraña; es ideal de una vida divina. Por eso el celibato, como profesión de vida, es signo de una realidad más que humana.

3. El amor y sus características.

Establezcamos, aún, algunas precisiones sobre falsos conceptos del amor. El amor, en primer lugar, no se reduce a un mero **respeto**. El “respeto” consiste fundamentalmente en “no querer mal” a la persona respetada. Respeto la autoridad, aunque no comparto sus puntos de vista; respeto el criterio de otra persona, aunque no lo haga mío; respeto al prójimo, aunque no lo ame. El amor va más allá: consiste en querer el bien de la persona amada. E incluye el afecto, que es el gozo propio por la autorealización de ella. Por eso me alegraré con sus triunfos y me entristeceré con sus fracasos, aun cuando, a veces, el otro tenga como triunfos lo que es en realidad un fracaso vital.

Y con esto entramos al análisis de otra caricatura del amor: amar no es complacer al amado en todos sus deseos, aunque sean caprichos nocivos. De ahí la sabiduría popular plasmada en un refrán: “Quien bien te quiere, te hará llorar”.

A quien tiene verdadero amor a una persona le embarga una angustiosa tristeza, cuando percibe una mala decisión en la persona amada. Porque el amante quiere con pureza la autorealización perfecta del ser amado, sufre al verle errar. La preocupación de los padres, la vigilancia —en ocasiones absorbente—, que ejercen sobre sus hijos, las trabas, que parecen ponerles en su realización individual, pueden nacer muchas veces —no siempre, porque puede también haber el deseo erótico de posesión— de un amor puro, que contempla desde la cima de su experiencia el camino errado de quienes aman. Hay castigos, que nacen del amor y concesiones que se originan del EROS. ¡Cuántas veces se deja de corregir o de amonestar por no meterse en problemas, por no poner en peligro nuestra amistad, por temor a ser repudiado por el amigo! En estos casos estamos buscando nuestra comodidad, defendiendo nuestro temor a la soledad, huyendo del dolor del rechazo. No estamos, en verdad, amando al amigo, sino defendiéndonos a nosotros mismos. Podríamos incluso establecer una proporción inversa entre amor y condescendencia. Nadie condesciende más que quien no ama. Y, a medida que no nos interesa una persona, estamos más proclives a excusar y minusvalorar sus faltas. Un visitante ocasional, un consejero circunstancial nos puede tranquilizar con suma facilidad: no le interesamos íntimamente. Un amigo íntimo, que nos ame desinteresadamente, tal vez no esté tan dispuesto a tranquilizarnos. Incluso en nuestra vida diaria tenemos la experiencia de que la tía soltera es más complaciente con los niños, que la mamá de los mismos; y el siquiatra más que nuestro padre. Quien no tiene interés por la persona no se inquieta porque ésta se despefie.

CONCLUSION.

Amar es sublime. Es el acto más perfecto y perfeccionador del hombre. Pero es difícil. Tenemos que estar en continua lucha con nuestro eros egoísta, que anida en nuestro ser, como algo constitutivo de él. El amor es una ascética continuada a lo largo de toda la vida. Amar es sacrificio, entrega, don. Hay que aprender a amar. Y cuando lo hagamos, quizá nos parezcan demasiado banales tantas canciones y tantas poesías adolescentes, que infectan de eros la bella palabra "amor".

NOTAS :

- 1). Cfr. nuestro estudio "*Hacia una sociedad cualitativamente nueva*". En él hacemos un diagnóstico de nuestra época y adumbramos los indicios de solución, que parecen alborar, aún esporádicamente, en diversos campos: religión, rebelión juvenil, etc. "Encuentro" No. 4.
- 2). Cfr. nuestro estudio: "*La liberalización del amor, como medio de opresión*". ("Encuentro No. 1").
- 3). MADINIER, *Conscience et amour* (París 1947) 93 s.
- 4). MARCUSE, H. *Cultura y Sociedad*, p. 101.
- 5). BUBER. M. *¿Qué es el hombre?* Fondo de Cul. Econ. (México 1963) 145.
- 6). Ibid. 146 ss.
- 7). CERVERA ESPINOSA, *¿Quién es el hombre?* Ed. FAX, (Madrid, 1970) 188.

ESCRIBEN

ARTURO DIBAR, S. J. En su discurso pronunciado ante los graduados de 1973-74, el Rector de la U.C.A., traza los lineamientos para formar a un hombre nuevo capaz de transformar la sociedad **JAIME INCER B.** Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, estudioso de nuestra geografía. Sus aportes a nuestra flora y fauna a través de numerosos artículos es enormemente valioso **RAYMOND SKYRME**, nos da un aspecto nuevo de Rubén Darío en su libro, uno de cuyos capítulos ha sido traducido por otro dariano, Fidel Coloma **ERICK BLANDON**, joven poeta nicaragüense nacido en Matagalpa en 1952 **S. DE ANITUA, S. J.**, Director del Departamento de Filosofía, sus ensayos ahondan en el hombre, descubriéndonos mundos complejos, profundos, a los cuales el ensayista trata de dar un sentido y una explicación **JORGE KATTAN ZABLAH**, profesor en los Estados Unidos de Literatura, su ensayo sobre Asturias nos revela el universo del gran escritor guatemalteco **JORGE EDUARDO ARELLANO**, uno de los estudiosos de nuestra historia, profesor de la U.C.A.